

## ¿HAY O NO MONOS EN EL CIELO?

Josefina Vásquez P.– NASE Ecuador

### Introducción

En las primeras décadas del siglo 20 un sacerdote español conversaba con una familia de la etnia Aponte del Tablón en Nariño (Sur de Colombia). El padre *“Bazares habló detenidamente del paraíso y sus encantos, pero observó que ninguna impresión hacía el recuento de sus delicias en sus oyentes. El jefe de la familia lo sacó de su sorpresa: ¿Había o no monos en el cielo?”*(Ortíz 1934, citado en Karadimas 2000:167). Con esta cita, Karadimas (2000) no sólo liga el mito amazónico de los miraña sobre los monos nocturnos con la iconografía estelar de los pastos sino que da cuenta de la ilusión universal y recurrente de que al morir nos iremos al cielo. Lleno de monos o no, el espacio al que llamamos cielo, visto con ojos mirañas o pastos, podría ser el escenario en donde moran los personajes míticos que con el devenir del tiempo se han vuelto tanto dioses como ancestros. Los paisajes tanto terrenal como estelar son espacios domesticados por los humanos (Erickson 2008) que se articulan para explicar el origen del mundo, de los animales, de las plantas y de los ancestros en cualquier cultura mediante la invención de mitos cosmogónicos. Si bien el mapa estelar que usamos hoy es el resultado de la historia astronómica europea, no es el único ni el primero y en lo que hoy llamamos Américas, antiguos topónimos y mitos distinguen de modo singular a las estrellas.

### Monos y estrellas

En el Amazonas colombiano cerca del Río Caquetá, los mirañas cuentan cómo un día huyendo del Astro (sol de día, luna de noche) que se casó con una mujer llamada Kinkajou (Venus), sus cuatro cuñados tutamonos (monos nocturnos) decidieron confrontarlo. Los tutamonos se escondieron en la caída del Araracuara por donde brota un gran torrente del Caquetá y le acecharon para cortarle la cabeza que se transformó en un racimo de chontaduro (Karadimas 2000: 162-165). Cada noche pasan sobre nuestras cabezas escapando hacia el oeste, cuatro monos perseguidos por el Astro cuyo hijo vengó su muerte y rescató su carne en forma de semilla de la palma del chontaduro. El actual pueblo karajá del Mato Grosso brasileño tiene una leyenda similar en la cual Tainá-Kan (Venus), la gran estrella, bajó enamorado al mundo en forma de humano, trajo consigo semillas de maíz y de otros cultivos a la tierra, y se convirtió en padre/origen de la agricultura. En pocos años volvió a retomar su lugar en el cielo pero esta vez junto a su esposa e hijos, dando lugar a una nueva constelación, la de Las Pléyades (Figuereido 2006). Los hombres karajós se atavían ritualmente con un tocado de plumas multicolores en sus espaldas para recordar a Tainá-Kan.



Cuenco pasto en el Museo Arqueológico de El Angel (Ecuador), Foto: Beatriz Saura.

Las estrellas tienen la característica de ser muy antiguas, han sido observadas por los humanos posiblemente desde hace al menos cien mil años y en nuestra imaginación, estas encarnan a seres tan poco comprendidos como el amor, la guerra o el sueño. Los humanos tenemos distintas lecturas del cielo, de la tierra, de los mares y todo lo contamos, lo escribimos, lo pintamos, lo tejemos, o lo grabamos en algo para recordarlo. Los antiguos pastos (300-1600 d.C.) de quienes hoy aún quedan algunos descendientes, dejaron distintos tipos de objetos de barro y de *tumbaga* (aleación de oro y platino) en donde volvemos a ver los Tutamonos, al Astro, y probablemente a Venus. En el cielo ecuatorial visto ya sea desde la Amazonía como desde el páramo entre Ecuador y Colombia, y en base al estudio que hace Karadimas (1999, 2000) entre el mito miraña y la vajilla y la orfebrería pasto, encuentro que también esta constelación de los Tutamonos estuvo representada sobre sus techos y grabada en los petroglifos dejándonos una versión en altos y bajos relieves del cielo. Bray (1998) sostiene que una de las características más notables es el predominio de los primates en la iconografía cerámica y en los petroglifos pastos. Existen múltiples sitios arqueológicos con petroglifos en el área pasto entre el norte del Ecuador y el sur de Colombia, y algunos con motivos que representan monos se encuentran en los caseríos serranos de San Isidro (Carchi, Ecuador), de Los Monos (Nariño, Colombia) y del pueblo de Cumbal (Nariño, Colombia) que sobrepasan los 2800 m.s.n.m. El *Aotus vociferans* o tutamono no es un animal de páramo sino que es un habitante por excelencia de las zonas tropicales andinas (De la Torre 2000), más que inspirarse en la naturaleza circundante, los pastos seguramente se inspiraron en las estrellas.



Piedra Pintada (San Isidro, Ecuador), foto: Josefina Vásquez



Petroglifos en el Resguardo de Los Monos, Nariño (Colombia). Foto: Josefina Vásquez.



Dibujo del petroglifo de Machines (Cumbal, Colombia), tomado de Granda Paz 2010





Botijuela del Museo Arqueológico de El Angel (Ecuador), foto: Josefina Vásquez.



Monos en ocarina, museo privado de Tulcán (Ecuador), foto: Josefina Vásquez



Maqueta con mono en el techo, tomado de Echeverría (2004)



Cuenco pasto, tomado de Karadimas (2000:160), y *Aotus vociferans*, tomado de: De La Torre (2000:17)

La constelación de Orión equivale para los mirañas a la constelación de los monos nocturnos o Tutamonos (Karadimas 1999:164-165). Estos monos, con sus cabezas y sus colas dispuestos simétricamente inversos conformarían el trapecio que se articula con el Cinturón de Orión (Bételgeuse, Rigel, Bellatrix y Saiph). Los pastos enterraban a sus muertos, acompañados de objetos de barro y alimentos, en profundas tumbas de cámara excavadas en el suelo debajo de sus casas (Echeverría 2004). Si bien hay varios motivos en la decoración de estos objetos, de modo repetitivo sus deudos los enterraron con cuencos, botijuelas, ocarinas y compoteras con diseños de cuatro monos, de dos monos, y de un astro de ocho puntas (¿Venus?). Así mismo, en una maqueta de cerámica que posiblemente acompañaba a un difunto (publicada en Echeverría 2004) se observa a uno de los monos colgado de la punta del techo. Los individuos fueron vestidos con lujo para ir al mundo de los muertos, y adornaron sus cabezas y cuerpos con coronas, orejeras, narigueras, collares y pulseras de concha *Spondylus* en cuyos pendientes fueron forjados monos en láminas de oro y *tumbaga*. No de manera definitiva pero si como una sugerente opción, se podría inferir que en el ajuar funerario, la iconografía estelar de los pastos los lleva directamente al cielo, a un paraíso en donde por la noche los monos son estrellas.



Cinturón de Orión en cuenco pasto, tomado de Karadimas 2000: 170.



Corona pasto en Museo de El Alabado (Quito), foto: Ana María Morales

## Bibliografía

- Bray, T., 1998, Monos, monstruos y mitos: conexiones ideológicas entre la Sierra Septentrional y el Oriente del Ecuador. En Intercambio y comercio entre Costa, Andes y Selva: Arqueología y Etnohistoria de Suramérica, editado por F. Cárdenas Arroyo, y T. Bray, pp. 134-154. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- De La Torre, S, 2000, Primates de la Amazonía del Ecuador. Simbioe/Tierra Incógnita/Ministerio de Ambiente/Proyecto Petramaz, Quito.
- Echeverría, J., 2004, Las sociedades prehispánicas de la Sierra norte del Ecuador. Una aproximación arqueológica y antropológica. Colección Otavalo en la Historia. Serie 1, Vol. 1. Universidad de Otavalo e IOA, Otavalo.
- Erickson, C., 2008, Amazonia, the historical ecology of a domesticated landscape. En Handbook of South American Archaeology, editado por H. Silverman y W. Isbell, pp. 157-183, Springer, New York.
- Figueredo, A., 2006, Tainá-Kan, a grande estrela. Kino Produções Art Ltda., Brasil. Obra experimental Premio Anaconda en 2009.
- Karadimas, D., 1999, La constellation des quatre singes. Interprétation ethno-archeo-astronomique des motifs de "El Carchi-Capulí" (Colombie, Equateur). En Journal de la Société des Américanistes 85(1):115-145.
- Karadimas, D., 2000, Monos y estrellas entre el Amazonas y los Andes: Interpretación etno-arqueo astronómica de los motivos de Carchi-Capulí (Colombia- Ecuador). Revista Amazonía Peruana, Tomo XIV:27, pp. 145-192.